

# El “desacuerdo” como objeto poético en el Libro de Buen Amor

Graciela Cándano

**D**esde el inicio de su obra, el Arcipreste hace la primera confesión, que será el pilar de la dualidad que se presenta en el hombre. Dice que el “desacuerdo” del pecado “ante viene de la flaqueza de la natura humana que es en el omne que se non puede escapar del pecado” (Prólogo, p. 9). El origen del pecado está en la fragilidad humana, en el propio cuerpo caduco y percedero.

El segundo de sus postulados —en el Prólogo— es que “viene otrosi esto por razón de la natura umana que más aparejada e inclinada es al mal que al bien, e a pecado que a bien” (*Ibid.* p. 10); o sea que flaqueza humana y pecado son lo mismo.

El “desacuerdo” existe porque el alma pertenece al nivel de la divinidad, y en cambio el cuerpo, que es efímero y mortal, no puede tener todas las cosas en la memoria, porque dura poco: Cuerpo y alma no están aparejados.

En la estrofa 71, el planteamiento de la existencia de “natura” en el hombre no puede dejar lugar a dudas. El hombre está determinado por dos cosas: “por aver mantenencia” y “por aver juntamiento con fembra plazentera”. Y de manera rotunda en la estrofa 74:

*“Digo muy más el omne que toda creatura:  
todas a tiempo cierto se juntan con natura”.*

Y aunque a esta inclinación la llama “locura”, no puede —como el fuego al que se atiza— ser apagada. Este omne está condenado a seguir siempre a su naturaleza. Entonces lo que se tiene que aparentar es que no es locura, sino que debe semejar otra cosa. La enseñanza —una de tantas— sería, quizá, el amor puede ser ‘esto’ pero debe aparentar lo ‘otro’. Tal vez fuera ésta la propia actitud de Juan Ruiz ante el mundo, puesto que lo expresa de manera espontánea en su *Libro*; descubriéndose y desdiciéndose inmediatamente después de lo que había sido revelado por su letra.

No puede dejar de pecar como el hombre al que conmina:

*“el omne cuando peca bien vee que desliza  
mas non se parte ca natura lo entiza”.*

Juan Ruiz da la vuelta magistralmente a su enseñanza, diciendo que la apariencia es innata al amor. Por ello es que la seducción se da sólo a partir de una ilusión:

*“Quando quier casar omne con dueña mucho onrada,  
promete e manda mucho; desque la ha cobrada,  
de quanto l’ prometió o le da poco o nada;  
faze como la tierra quando estava preñada”*

(est. 97)

Lo que seduce, pues, es la promesa, la esperanza de obtener algo que no se tiene. Cuando algo ausente se manifiesta y se hace visible, se asemeja al ratón que fue parido por la tierra.

162

Así pues, en el amor, la incomunicación entre los amantes se origina porque tienen que vivir en apariencia; el engaño está implícito en toda seducción amorosa. Pero el deseo de seducir existe, y así el hombre es seducido por el deseo mismo de seducir:

*“E yo, como estava solo, sin compañía,  
codiciaba tener lo que otro para sí tenía”.*

(est. 112)

Tal parece que la carencia es la que provoca el deseo: es Cupiditas.

En el *Libro*, Cupiditas es el árbol raíz de todos los males, identificado con la codicia y personificado en el deseo de lujuria. Por tanto es el amor desordenado, el apetito por todo lo que no se tiene al alcance.

Interesa señalar aquí el sentido que da el Arcipreste a la palabra “cobicia”. Tal parece que en el *Libro* está considerada como sinónimo de deseo, de pasión puramente carnal. Y es el deseo, la codicia, lo que da lugar a uno de los episodios más sabrosos, donde el protagonista sin estar siquiera enamorado, pone la mira en una dama “loca y aturdida”, a la que intenta seducir con la ayuda de su mensajero Ferrand García, quien, por su parte, lo que consigue es seducir para sí a esa dama “sandía”:

*“Pometiól por mi consejo  
trigo que tenía ñejo  
e presentól un conejo el traidor falso, marfuz”*

(est. 119)

Tal parece que el deseo del amante desencadena el deseo en el mensajero. De sí mismo sale su daño, en él está el germen. Curiosa coincidencia con el “ensiempló del águila y el cazador”, que ilustra el pecado de la lujuria:

*“El loco, el mesquino, que su alma non cata,  
usando tu locura e tu mala barata,  
destruye a su cuerpo e a su alma mata,  
que de sí mismo sale quien su vida desata”*

(est. 273)

Ahora bien, quizás el juego de Juan Ruiz pueda consentir en afirmar que el amor seduce por lo que tiene de oculto, por algo que quizá no esté en las acusaciones de que hace objeto el protagonista a Don Amor. A pesar de las amonestaciones que hace el autor a través de esa voz, también seductora, el Amor sigue teniendo adeptos. El hombre sigue cayendo en sus redes no obstante las advertencias y, lo que es peor, las consecuencias que trae consigo: carencia, pérdida del objeto amado. Aquello por lo que seduce Amor es la apariencia de algo que no existe. El embrujo está hecho a partir de lo que está oculto. Es así como se manifiesta su poder —el del amor.

A partir de la estrofa 156 se inician las referencias al poder transformador que el amor tiene sobre aquellos que caen en sus redes. El amor, al transformar, semeja lo que no es. El engaño es intrínseco a su naturaleza:

*"Una tacha le fallo al amor poderoso,  
la qual, dueñas, a vos yo descubrir non oso;  
más, porque no m' tengades por dezidor medroso,  
es ésta: que el amor siempre fabla mintroso".*

(est. 161)

El protagonista se enfrenta a Don Amor, haciéndolo culpable de todos los males de la humanidad. De él saldrán, como de un cuerno de la abundancia, el pecado, el diablo y la muerte, los demonios que azotaban al hombre de la Baja Edad Media. Y también representa al instinto, al deseo del hombre que lo lleva a perder —aún antes de poseerlo— el objeto amoroso. Porque como lo que parece no es, el amor hace creer con "sotiles mentiras", que existe la posibilidad de ser amado.

Y resulta que el amor no sólo separa a los amantes, sino que:

*"fázeslos perder el sueño, el comer e el beber,  
fazes a muchos omnes tanto se atrever  
en ti, fasta que el cuerpo e el alma van perder.*

(est. 184)

El daño que produce el amor en el hombre, no es más que el efecto de esa apariencia en la que se deja envolver con sus palabras engañosas. El amor es uno de los demonios que consumen al hombre; y si bien a lo largo del *Libro* irán apareciendo los otros causantes de estragos en el ser humano (dinero, vino, pecado y muerte), es el AMOR el origen de todos los demonios, en su esencia están todos los elementos destructivos que aprisionan al hombre. El amor se convierte en el enemigo principal:

*"Eres tan enconado que, do fieres de golpe,  
non lo sana mengia, enplasto sin xarope;  
non sé fuerte nin recio, que se contigo tope,  
que no l'debatas luego, por mucho que se enforce".*

(est. 187)

La imputación de más peso que hace el protagonista a Don Amor consiste en su poder transformador, destructivo y arrasador que lleva al hombre a perder seso y fuerza. El “ensiempro del garçón que queria casar con tres mujeres” ilustra de manera cómica la debilidad física en que queda el “loco mancebo valiente” después de su primer matrimonio, cuando grita al molino que lo había vencido:

*“¡Ay molino recio, aún te vea casado!” (v. 195)*

Una imagen sencillísima, asequible al más iletrado de los oyentes, es elegida por el Arcipreste para amonestar a Don Amor, mostrando los estragos que causa:

*“Eres padre del fuego, pariente de la llama,  
más arde e más se quema qualquiera que te más ama;  
amor, quien te más sigue, quémase cuerpo e alma,  
destrúyeslo del todo, como el fuego a la rama”.*  
(est. 197)

La definición el amor como fuego es la que da sentido al símbolo del amor como prisión:

*“Queréllanse de ti más non les vales nada,  
que tan presos los tienes en cadena doblada  
que non pueden partirse de tu vida penada;  
responde a quien te llama, ¡vete de mi posada!”.*  
(est. 208)

En las imprecaciones mismas del protagonista están las razones del poder seductor del amor. Aquí vuelve a las andadas el Arcipreste, tratando de descubrir las redes ineludibles que tiende al amonestado Don Amor. Da como primera causa su gran maestría en llegar “manso e quedo”, pero la segunda, y más importante, es que se presenta “cubierto so mal paño”. Maestría engañosa es la táctica del amor, maestría engañosa son las enseñanzas que da al amante, maestría engañosa es la de Juan Ruiz para enseñar a los cuerdos cordura y a los livianos locura.

En la pelea con Don Amor se denuncia a gritos la privación en que deja Amor a sus seguidores. El deseo frustrado, la sensación de cercenamiento, el sentido ilusorio, la fugacidad, todo se resume en las acusaciones del protagonista. Inclusive en el sentido de que nunca se alcanza aquello que se persigue, porque el amor trae siempre su contrapartida: desamor, desilusión, “desacuerdo”:

*“párteslo del amiga al omne que airas”*  
(v. 183d)

En la privación, en la ausencia, consistía precisamente el encanto, el éxtasis amoroso. Es la utopía del deseo insatisfecho que puede ser tanto el principio y fin de la teoría del amor cortés, como el soporte ascético de los sermones religiosos en la condenación constante del pecado de lujuria: del loco amor.

Pero cuando en el *Libro* se amonesta a Don Amor por ser el portador de los pecados capitales, se hace en el sentido de que el hombre que codicia placer, sólo se encontrará con un espejismo ("ensiempro del alano que llevaba la pieca de carne en la boca").

El amor quita, ocasiona sólo pérdida al que cae en sus redes. Y las redes del amor son las palabras, la promesa de algo inalcanzable, que no existe. Es el estado de suspenso que crean las palabras entre su mención (promesa) y su realización, cuando su poder de evocación es aminorado por la apariencia de la realidad. Mientras todo era apariencia, tenía existencia. El secreto de la verdadera seducción es la omisión, el rodeo.<sup>1</sup>

La carencia de algo se suple por medio de la palabra, pero no deja de ser una ilusión. El amante —el que "cayó"— quiere dejarse absorber por aquello que representa la ausencia de lo que desea. "Seducir es morir como realidad y producirse como ilusión" —dice Baudrillard.

El poder seductor del amor tiene sus raíces y su fuerza en las palabras engañosas con que convence al amante, en las palabras halagüeñas con que el amante intenta despertar el deseo en las dueñas, en las palabras poéticas y engañosas del propio Juan Ruiz que transforma su decir en "dezir fermoso"; miente sobre lo que dice, diciendo verdades sobre lo que siente, pero que debía negar y ocultar tras la palabra.

El autor reconoce ese carácter de apariencia con que se reviste Amor. Y admite que su propio decir tiene que ser también encubierto. Porque es la apariencia, la incomunicación, el desacuerdo, lo que obliga a mentir. Está en un círculo vicioso del que en vano tratará de salir:

*"Diz [que] por las verdades se cirden los amigos,  
e por las non dezir se fazen desamigos".*

(est. 165)

Juan Ruiz no miente, sino que lo dice todo, abarca todas las posibilidades, confiesa la existencia de la dualidad. Por eso es que en el *Libro* la vida es una mentira, una apariencia en la que hay que sobrevivir, porque eso era precisamente lo que sucedía en la realidad:

*"lo que semeja non es, oya bien tu oreja".*

(v. 162d)

<sup>1</sup> Jean Baudrillard habla de la seducción como el "momento de desconcierto de la joven ante lo que le espera, aún a sabiendas —lo que es nuevo ya es fatal— de que algo le espera. Momento de una enorme intensidad..., semejante al del juego entre la apuesta y el momento en que los dados dejan de rodar". *De la seducción*, p. 103)

En el Prólogo, el Arcipreste advierte y enseña que no hay que caer en los engaños del loco amor, pero, después, en las aventuras amorosas, muestra el poder que el amor tiene sobre el protagonista, ganándole siempre las batallas. Y así, lo que tienen de oculto las palabras amorosas, no obstante traigan consigo la incomunicación, lleva —ese ocultamiento, esa apariencia— a seducir tanto al amante como a la amada. Después vendrá el castigo —el desacuerdo—, porque la “sotil mentira” de Don Amor trae como consecuencia la caída ante los demonios reconocidos: pecado, vino, dinero y muerte. Aunque el amor quite la vida, y traiga desamor, el hombre tenderá, por naturaleza, a querer ganar la batalla; y la ilusión no lo abandonará ni siquiera al darse cuenta de su propia impotencia al intentar alcanzar el placer prometido a partir de las falsas palabras; y ni siquiera al corroborar el vacío en que deja Amor, una y otra vez.

El único camino es la apariencia. A la mentira hay que hacerle frente con la mentira: El “no dejarse seducir” argumental y didáctico del *Libro*. Creo que se da un doble plano que consiste en simular lo que no es, por lo tanto también puede aparentar (decir) lo que es, o lo que quiera entender cada quien. La lección magnífica, última del *Libro* podría ser: “LO QUE SEMEJA NON ES”. El eterno desacuerdo de apariencia y realidad.

El Arcipreste muestra, como bien ha dicho Deyermond, “resistencia a dejarse confinar de modo irrevocable en una perspectiva única”,<sup>2</sup> porque el Arcipreste mismo no la tiene, sino que, como su contemporáneo Santob, se mueve en la dualidad de apariencia-realidad:

“Por nascer en el espino, non val la rrosa cierto  
 menos —dice Sem Tob—, nin el buen vyno por salir del  
 sarmiento”

Semeja lo que no es: ni el sarmiento aparenta ser un buen vino, ni el vino es sin el sarmiento. El “desacuerdo” de apariencia y realidad non es lo que “semeja”, pues “so la espina está la rosa noble flor”. (Santob, *Proverbios morales*).

<sup>2</sup> Deyermond, *Edad Media*, p. 192.